



LA
NUEVA MISIÓN
DE
JUDEX







LA

NUEVA MISIÓN

DE

JUDEX



BOULDER, COLO. 1913



Mr. René CRESTÉ
en el papel de

JUDEX



Miss GILES
en el papel de

“Gaby, la Ojazos”



Sig.^{na} BORGUESE **Baronesa de Apremont**
en el papel de

La Nueva Misión de



Judex



GRAN NOVELA CINEMATOGRAFICA
en 12 episodios, por
Arthur BERNEDE y Louis FEUILLADE

PROLOGO

La Caza de los Secretos

Hace bastantes días que los periódicos se ocupan de una serie de sucesos misteriosos, de unas aventuras tenebrosas y extrañas sobre las cuales todo el mundo se pierde en conjeturas más o menos fantásticas, sin que hasta la fecha nadie haya sido capaz de dar con la clave del enigma, ni de descubrir el menor detalle de tan complicada trama.

Testamentos desaparecidos del despacho de los notarios, correspondencias perdidas a causa de accidentes misteriosos, planos robados de la cartera de los inventores, tal es el balance de La Caza de los Secretos practicada por manos invisibles.

Mas he aquí que nos encontramos en presencia de un antiguo conocido, del Conde César de Hirarguez; este joven aristócrata luego de haber gastado 10.000 francos con objeto de hacer raptar a la hija del banquero Favrant por mediación de Diana Monti y de Morales el amante de ésta, se ve obligado, la víspera de su boda con una rica heredera americana, a firmar un cheque por valor de 50.000 francos para comprar el silencio de su antigua amante Gaby des Roses, a la cual aquella manera de verse abandonada por su amigo no le parece de las más propias aun cuando el motivo de que así suceda sea el de contraer justas nupcias.

El Conde da a su secretario el encargo de ir a llevar el cheque en cuestión a cambio de su correspondencia amorosa; pero al salir de casa de la joven coqueta y una vez cumplida su misión, el secretario es víctima de un accidente inexplicable, mediante el cual, las cartas que debía devolver al conde le son prontamente escamoteadas.

Aquel mismo día, en el otro extremo de París, Santiago Bertin, inventor genial y pobre, autor de un sensacional descubrimiento sobre la transmisión instantánea de la imagen a gran distancia, descubrimiento que debía presentar al Consejo de Administración de una importante sociedad



financiera que se interesaba en sus trabajos, es despojado sin que él se de cuenta, de los documentos que dentro de una cartera había depositado sobre el asiento del taxi en el que se dirige al domicilio de la Sociedad... y así vió en un momento el desgraciado inventor, desvanecerse todos sus sueños y todos sus proyectos cuando la fortuna iba por fin a sonreírle después de más de veinte años de estudios y de ensayos.

PRIMER EPISODIO

El misterio de una noche de verano

El rico americano James MILTON habita en compañía de Primero su hija adoptiva y del Dr. Howey, el magnífico castillo de Arbois teniendo como vecino y amigo a Jaime de Tremense, que ocupa una propiedad medianera llamada «La Frondosa»; en ella gusta JUDEX en unión de Blanca, la hija del banquero Favreut, de una dicha sin límites y de una

tranquilidad a que le dan indiscutible derecho las hazañas innumerables de que esta lleno su pasado.

James Milton que es ingeniero de primer orden, ha inventado un propulsor automático que está llamado a revolucionar la navegación mundial. Con objeto de extraer los planos de su descubrimiento a la curiosidad de los indiscretos, su secretario ha ideado y construido una especie de armario secreto en el armadillo de madera del despacho y únicamente el inventor de los planos, el secretario y Jaime de Tremouse conocen la existencia del escondrijo.

En cuanto a Primerose que está en relaciones con Rogelio de Tremouse, prefiere por su parte ocuparse del hermano de JUDEN, que de los planos de su padre adoptivo... y sin embargo, los tales planos desaparecieron como han desaparecido tantos otros, de una manera misteriosa...

En casa de la baronesa de Apremont

Dejemos reunidos en «La Frondosa» Jaime de Tremouse con Rogelio su hermano, a Primerose novia de éste, a James Milton y a Blanca, en compañía de su hijo Juanito, para trasladarnos por un momento a París con objeto de visitar la elegante morada de una aventurera de altos vuelos que precisamente se da el título de baronesa de Apremont; esta digna emula de Diana Monti, es el alma de una vasta asociación malféica cuyas ramificaciones se extienden por todas partes.

Secundada por una fiel asociada que no es otra que Gaby des Roses conocida entre cierta gente por «Gaby la Ojazosa», la ex-amante del Conde César de Birargues, la baronesa de Apremont tiene seguros emisarios que andan continuamente al acecho de todas las buenas ocasiones. Gracias a ella, «La Casa de los Secretos», no cesa en su tarea de forzar cajas de caudales sino para dedicarse al chantaje... y en los medios políticos, financieros e industriales se producen diariamente escándalos y ruinas.

Precisamente aquella noche, Remigio, uno de los «filiales» de la banda le da una cita nocturna en el Castillo de Arbois para apoderarse de los planos de Milton... En el tren en que viaja la aventurera encontramos como por casualidad al Duque D. Casto, el inenarrable director de la Agencia Celeritas, el cual tan fantástico y tan hablador como siempre, se enamora de la baronesa y la pone al corriente de todas sus intimidades. Su casamiento con la graciosa ondina Miss Daisy, la cual ha ido a América para tomar posesión de una herencia, la estancia de su hijo adoptivo, el «ex-Sardinilla», en Inglaterra y en fin el objeto de su viaje actual: una visita a su buen amigo JUDEN... la baronesa ya sabía bastante.

Es media noche... Rogelio de Tremouse que no cesa de pensar en su adorada, se dirige hacia el parque de Milton con objeto de ir a soñar bajo el balcón de Primerose. De repente, un espectáculo extraño se presenta ante su vista. D. Casto a quien el Dr. Howey ha reconocido como atacado de hiperestesia hysteratománica y a quien ha recomendado que se pasee con los pies descalzos sobre la yerba húmeda, a la luz de la luna, practicando también la reptación y las danzas antiguas todo ello en traje ligero y apropiado. Nuestro amigo el desopilante D. Casto, se encuentra en aquel momento siguiendo con un ardor verdaderamente notable, todas las fases del original sistema curativo...

A la misma hora y no lejos de allí, una fuerza oculta, misteriosa e irresistible, daba una orden imperativa y categórica a Primerose que dor-

más tranquilamente, mientras que una voz interior autoritaria y diabólica le daba la orden de buscar y de encontrar. Y la jovencita subyugada e irresponsable, iba con un andar automático de sonámbula hasta el escondite que ella desconocía en absoluto, ponía en movimiento el resorte, se apoderaba del sobre que contenía los documentos y abriendo la ventana se lo arrojaba a un desconocido... Este huye inmediatamente perseguido aunque un poco tarde por Rogelio y por Don Casto... De toda esta escena, la



única cosa que había comprendido el hermano de JUDEX, era que Prietose tenía relaciones con otro hombre.

Misterio inquietante e impenetrable que sólo una persona podría descifrar: JUDEX.

JUDEX, palabra mágica, conjuro eficiente, ser sobrehumano que hace estremecer el alma de los malhechores y que graba este nombre en sus conciencias como el chispa. Tezel Fares del festín bíblico.

A pesar de los ruegos y de las súplicas de Blanca que quiere guardar su dicha con un egoísmo natural y lógico, Jaime de Tremense respondiendo noblemente a la voz del Deber, vuelve a calzarse el legendario chapero y a envolverse en la simbólica capa, para proseguir sin debilidades ni vacilaciones su obra de redención y de justicia.

Su misión será grande y noble. ¡Ay de los malandrines y de las bellacas que encuentre en su camino!

SEGUNDO EPISODIO

El adiós a la dicha

Un sol espléndido ilumina de nuevo el magnífico parque del castillo de Arbois, la naturaleza parece estremecerse ante la caricia vivificadora del asirio rey, y aparentemente el mundo marcha como siempre y sigue su ruta hacia lo eterno, entonando el himno inmutable de sus armonías. Sin embargo, la noche que acababa de desvanecerse en el abismo inabarcable del tiempo que ha sido, llevaba en su seno un secreto que había de producir no pocas perturbaciones y de causar no pocos sinsabores.

Ignorando todavía los sucesos desarrollados durante las horas que acababan de transcurrir, el rico americano James Milton había descendido a su despacho, dispuesto a continuar aquella su laboriosa vida de trabajo, a seguir aquellas sus tareas tan provechosas para la humanidad y tan fecundas para el progreso. Como ha pedido a su secretario que le entregue los planos que el día anterior fueron guardados en el armario secreto que aquel había fabricado él mismo en uno de los tableros del aritmódillo de madera que corre a lo largo de las paredes de la estancia, el fiel empleado se dirige hacia el escondite para cumplir la orden que le había sido dada, notando con estupor, que el sobre en que aquellos se encontraban, había desaparecido.

Sin embargo, el tal escondite era únicamente conocido por tres personas: por James Milton, por Wilbur su secretario, y por Jaime de Tremouse. Naturalmente, las sospechas del ingeniero recayeron en su empleado y con frase dura y además violenta le acusó de la sustracción de los planos. En vano fue que el citado se defendiese con verbo cálido y empleando los más sólidos argumentos, nada era capaz de desarraigar de la mente de Milton, el que ante sí tenía al verdadero autor del robo cometido... y dirigiéndose al teléfono se puso al habla con la gendarmería para que sin pérdida de tiempo viniesen a detener al pobre secretario.

Bien le valió a éste que en aquel momento llegaran Don Casto y Rogelio de Tremouse, los cuales, habiendo sido testigos durante la noche de como Primerose había arrojado el sobre a un desconocido, tomaron la defensa de Wilbur, y viendo que no quedaba otro medio de convencer a Milton y de impedir que los gendarmes que habían acudido presurosos a la llamada del ingeniero, arrestaran al secretario, comunicaron al padre adoptivo de Primerose todo lo que desde el parque habían presenciado haciéndole saber formalmente que sólo la muchacha era la causante de la desaparición de los planos de su importante invento.

Primerose al oír las afirmaciones antedichas no podía creer lo que estaba pasando en torno de ella. Verse acusada de haber sido la autora de la sustracción de los planos de su padre adoptivo, de Milton, a quien sólo debía favores sin cuento y eterno agradecimiento... ¡no, no, imposible, seguramente era víctima de una pesadilla... pero la realidad, la terrible y cruel realidad fría y acerada como la hoja de una daga florentina, le hizo ver bien pronto que no era juguete de un sueño... y en vano fue que la desgraciada muchacha jurase y perjurase que aquella noche no había abandonado el lecho, ante ella, severa y crúdus como dos jueces, Don

Casto su amigo, y su novio Regelin, mantenían aquella su acusación que a la infeliz se le antojaba infame maquinación para asegurar su pérdida, mientras sentía que su corazón iba a estallar en su pecho, y que su cerebro ardía al fuego de las más disparatadas ideas.

Y como se sintiese incapaz de sostener una lucha muy superior a sus fuerzas, viendo que la luz no podía, o al menos así se le antojaba a ella, surgir por parte alguna, dándose por vencida de antemano, se dispo-



to a abandonar aquella casa en la que había pasado horas tan felices, a dejar para siempre aquel parque frondoso por cuyos senderos había desgarrado el rosario de sus alegrías y en los que habían resonado como el tintineo de unas campanillas de plata, sus gritos y sus risas.

¡Adiós para siempre la felicidad y la dicha...! y tristemente, lentamente abandonó el castillo de Arbois, dejando a James Milton la siguiente carta:

Soy inocente, pero puesto que V. me tras culpable, me marchó de su casa. Si V. se entera de mi muerte, quédese convencido que habré muerto bendiciéndole. — Primerosa.

Hay algo en el murmullo de las aguas que atrae a los espíritus tristes y melancólicos, diríase que la corriente de un río es una fiel imagen de la vida, del eterno pasar de los días, del rodar incesante de las horas siempre iguales y siempre diferentes... la pobre Primerosa, la afligida púlceta marcha errante, sin rumbo, fija la mirada en las mansas ondas bien

tras su mente persigue una idea que poco a poco va dibujándose con más claridad y con más fuerza... la idea del suicidio ha germinado por vez primera en su cerebro, y sigue su camino poco a poco... de pronto, Juanito, el hijo de Blanca, se precipita a su encuentro, los ojos de la pobre acusada se relan de lágrimas y abrazando tiernamente al niño se despidió de él con frases que a pesar de los pocos años de éste, le hacen comprender que algo anormal le sucede a su amiga...



Ya decidida a abordar el supremo problema, dispuesta firmemente a abandonar este bajo mundo en el que la inocencia es tan a menudo vejada, y en el que el vicio y el crimen son tan frecuentemente exaltadas, se recoge un momento en sí misma y en la sibilina de su conciencia aun se destaca más negra y más horrible aquella acusación vitanda que hace que ella, la inocente muchacha pase a la vista de todos por una intrigante y por una ladrona.... De pronto Primerose se estremece, una sensación extraña se apodera de ella, no lejos del sitio en que se encuentra, dos ojos acerados, terribles, implacables, se fijan en ella con una irresistible fuerza magnética, domando su voluntad, aniquilando sus potencias volitivas, haciendo en suma de Primerose un objeto muerto, un ser abúlico, algo así como una masa de cera entre las manos de un habil artífice... los mismos ojos que aquella noche le habían obligado a apoderarse del sobre de Milton, a cometer sin darse cuenta el robo de que estaba en aquel momento acusada, y gracias al cual Remigio el Tuerto había podido entregar a

La Ojazos, a la secretaria de la Baronesa de Apremont, los planos del invento de James Milton.

¿Será siempre la infeliz muchacha una víctima sumolada en aras de la fatalidad? ¿Podrá siempre en este pobre planeta salir triunfante el crimen, y la virtud desbaratada y maltrecha...? Paciencia, espereemos... JUDEX está en camino. El Caballero del Derecho, el Cruzado de la Justicia, ni enderezador de entuertos se acerca poco a poco. Ya resuecan en el sendero las ladridos de su jauría y los pasos sonoros de su corcel fogoso. Sin embargo, el mal vela y acacha. Los hombres paladines del delito, los hampones, los galluleros, caballeros de industria, maestros en malas artes, doctores en tretas, diestros en astucias, son también temibles, y pronto asistiremos a una lucha épica... será preciso todo el genio y toda la férrea voluntad de nuestro héroe para poder salir triunfante del genio maléfico que le persigue y de las fuerzas misteriosas que le rodean.

TERCER EPISODIO

La hechizada

Primerose ha sido conducida a casa de la baronesa de Apremont. La pobre muchacha, la tienda doncellita se encuentra ahora en poder de la temible aventurera cuyos ojos magnéticos y hermosísimos subyugan y somococan a la hija adoptiva de James Milton, privándola de voluntad y convirtiéndola en un juguete entre las manos de aquella mujer temada. Siguiendo sus diabólicos propósitos, la baronesa dicta a Primerose una carta para el ingeniero americano en la que ella, la novia de Rogelio, se acusa directamente de haber sido culpable y manifiesta que se ha marchado para siempre con el hombre que ama...

Mientras tienen lugar en casa de la aventurera los sucesos que acabamos de referir, nuestro antiguo conocido, el anciano Kerjean, se presenta en «La Frondeuse» portador de una carta del padre de Blanca, de Favrant, la cual está concebida en la siguiente forma:

Mi querida hija: Desde hace algún tiempo, creo que ha sido descubierta el lugar de mi retiro... a menudo son unos individuos sospechosos dando vueltas en torno de mi casa. Por los periódicos me he enterado de todo lo que se cuenta de «La casa de los secretos».

Si alguien se enterase de que tu padre pertenece todavía al mundo de los vivos, qué nuevos tormentos tendrías que pasar por causa mía!

¿Qué debo hacer? He confiado esta carta a Kerjean para estar seguro de que no sufrirá extracto y para que así no se convierta en un arma terrible agrimada por manos criminales contra la dicha y la tranquilidad de nuestro hogar...

Por su parte Jaime de Tremouze a quien un extraño presentimiento había advertido de que un peligro se cernía sobre los rayos, volvía al lado de su esposa dispuesto a protegerla y a velar contra el genio maléfico que impalpable y misterioso, él sentía rodar en torno suyo...

En cuanto al inenarrable Don Casto, no podía arrancar de su memoria los minutos deliciosos que había pasado en el tren en compañía de la baronesa de Apremont. Los ojos negros, profundos, misteriosos de la aventurera le atraían como la promesa de una dicha inefable, y con paso rápido se dirige al domicilio de la dama, recordando la invitación que aquella le hiciera en el curso de su viaje. Una vez en la casa, Don Casto es introducido en una lujosa estancia y viéndose precisado a hacer antesa-



la, nuestro amigo se dedica a inspeccionar todos los detalles, que por cierto le parecen del mejor gusto y del lujo más refinado; de repente su mirada se detiene en un secante que se encuentra sobre una mesita y que guarda, naturalmente al revés, unas cuantas palabras escritas, que al ser reflejadas en el espejo producen en el espíritu de Don Casto una gran sorpresa. He aquí el texto contenido en el secante:

Soy culpable. Me marchó para siempre con el hombre que amo. Jamás volveré V a verme. — Primerose.

¿Qué misterio era aquél...? ¿Qué significaban aquellas palabras...? ¿cómo se encontraría Primerose en el domicilio de la baronesa de Apremont? y si así es ¿de qué modo ha podido la pobre muchacha entrar en relaciones con la dueña de la casa...? Y el celeberrimo director de la Agencia Celeritas ya no desea otra cosa que alejarse de allí lo antes posible para correr a poner en conocimiento de Juez aquel detalle importantísimo... y en vano es que la baronesa que radiante de belleza ha salido a

su encuentro quiera detenerlo; y que con las frases más persuasivas y con las miradas más incendiarias de su repertorio pretenda retenerle. Don Casto se despide de la baronesa y ruído como un cervatillo perseguido, se dirige a «La Profundosa» para avistarse con Judex y darle todas las noticias y todos los detalles que ha podido obtener durante su corta visita a la aventurera.



Aquella noche, al sonar lentas y metálicas las doce campanadas,



Jaime de Tremouse veía, lleno de sombro, como Blanca abandonaba su lecho, y que con movimiento automático tomaba la carta que había recibido de su padre y la entregaba a Primerose que súbitamente aparecía en el umbral de la puerta.

Es de suponer la extrañeza de Judex ante aquel cúmulo de sucesos y ante aquel desencadenamiento de fuerzas misteriosas y sombrías.

Otro cualquiera que no hubiera sido nuestro héroe se hubiera sentido sobrecogido por el misterio que le rodeaba y hubiera desde luego renunciado a la lucha contra aquel enemigo invisible, pero fuera no conocer al arriesgado caballero pensar que tal pudiera ser, por un instante, ser su intención y tales sus propositos, y antes al contrario, estimulado por todas aquellas circunstancias aun se hizo más fuerte en su espíritu la resolución firmísima de pelear sin tregua contra el genio del mal que trabajaba anti-

parado en las tinieblas, y así, dejando a Blanca, se disponía a lanzarse en seguimiento de Primerose, la cual, sirviesendo el parque, se internaba en la selva y mostraba en un automóvil que parecía estar esperándola.

Jaime de Tremense aparece de repente dando orden al chauffeur de que conduzca la joven al lugar a donde le había sido indicado, y el conductor, ante la actitud decidida de Judex no pudo por menos de cumplir la voluntad de éste y de conducir a Primerose al sitio fijado de antemano.

A poca distancia de allí, habiéndose detenido el vehículo, la muchacha descendía, y con gestos de automática, se dirigía obedeciendo a una fuerza misteriosa a llevar la carta que Blanca le había entregado, al lugar convenido.

Poco una vez su misión terminada, hubiéndose dicho que Primerosa salía de una horrible pesadilla, que se despertaba, dirigiendo en torno suya una mirada vaga como para reconocer el sitio en el que se encontraba. Al ver cerca de ella a Jaime de Tremense, le saludó de un modo natural y sin inmutarse lo más mínimo, mientras que no lejos de allí, la baronesa de Apremont que no había perdido de vista a Judex, volvía a subir en su automóvil y no tardaba en perderse entre las sombras de la selva.

Y Primerose, a quien Judex bondadosamente preguntaba qué era lo que la había sucedido, le contestaba que ignoraba absolutamente qué había venido a hacer en aquellos desiertos pajales, y a semejanza herá.

Judex comprendió entonces que la pobre muchacha no era en nada responsable de todo lo que ocurría, y que desgraciadamente se encontraba en poder de una fuerza mística y misteriosa, que se servía de ella para la realización de sus fines tenebrosos, y en aquel momento se afirmó aun más en su espíritu la decisión de luchar contra el genio del mal y de arrancar de sus garras a Primerosa.

CUARTO EPISODIO

El aposento de las trampas

Ya de madrugada, Judex volvía a su casa, conduciendo a Primerose la cual era acogida por Blanca y por Juanito con sinceras manifestaciones de alegría. James Milson, su padre adoptivo y Rogelio de Tremense, novio de la muchacha, acudían presurosos dispuestos a perdonarla, ya que sabían que la joven era digna de su cariño y que sólo la fatalidad había querido convertirla en instrumento inconsciente de unas fuerzas sombrías y misteriosas.

Acto seguido le fueron presentadas a Primerose las dos cartas que había escrito:

Soy inocente. Pero puesto que V. me cree culpable, me marchó de su casa. Si V. se entera de mi muerte, quédese convencido de que habré muerto bendiciéndole. — Primerose.

Soy culpable. Me marchó para siempre con el hombre que amo. Jamás volverá V. a verme. — Primerose.

Sin ninguna dificultad reconoció la joven la primera carta, declarando ser ella la autora, pero en cambio afirmó que la segunda le era completamente desconocida... y añadió: — A veces tengo la sensación de que la vida me abandona, luego me parece que renazco, pero me es imposible acordarme de lo que he hecho entre tanto.

Y Blanca, por su parte, confiesa que ella también ha tenido la misma sensación...



El Dr. Howey, el amigo de Milton en cuya presencia tienen lugar estas penosas confidencias, no da a conocer su opinión ni emite concepto alguno, pero cualquier observador hubiera podido ver brillar sus ojos con un fulgor particular y extraño...



Siguiendo las indicaciones de Judex, Don Casto había invitado por la noche a la baronesa de Apremont, a cenar en uno de esos restaurantes de moda en los que el lujo y la frivolidad se dan la mano. En el fondo, este convite tenía únicamente por objeto el permitir que Judex realizase en el domicilio de la aventurera las pesquisas que él juzgaba necesarias para el esclarecimiento del misterio que le rodeaba.

Conciliando a la vez las instrucciones de Judex con sus propios deseos e inclinaciones, el director de la Agencia Ceteritas que había concurrido a la baronesa a un reservado y que había encargado un menú pi-

cuálisimo, no tardó en ponerse a tono dándole a su invitada una especie de beso de Judas. Pero cuán lejos estaba el hueso de Don Casto de figurarse que las cosas no habían de salirle tan bien como él se lo había imaginado, de que no estaba a la altura de las circunstancias para luchar con una mujer como aquella.

Apenas había empezado el succulento yantar con el que nuestro héroe obsequiaba a la taimada damisela, cuando bajo la influencia de un narcótico discretamente administrado Don Casto caía profundamente dormido trasladándose a un mundo imaginario en el que sin duda alternaban las niñas y las baronesas, los launos, las danzas clásicas y hasta los detectives más o menos acelerados.

Por la mañana, cuando el personal del restaurant empezaba a hacer la limpieza del establecimiento, aun continuaba Don Casto durmiendo sobre el canapé del reservado... al despertarse, un mozo solemne y reposado como un augur le entregó la carta que para él había dejado la baronesa, carta que estaba redactada en la siguiente forma:

Mi querido D. Casto:

Aunque tiene V. una buena nariz, ven que carece en absoluto de olfato. No es fácil engañar a la

Baronesa de Apremont

•••

Mientras Don Casto departía con la baronesa en el reservado del restaurant mundano de que hemos hablado más arriba, Judex se había dirigido a casa de la aventurera empezando un registro en regla en todas las habitaciones empezando por el salón. No encontrando en éste nada de particular ni que le pusiera sobre la pista de lo que saber deseaba, pasó al despacho de la baronesa. De pronto sonó el timbre del teléfono y apoderándose del receptor del aparato, oyó una voz sarcástica que decía: — Judex, ha caído V. en mi poder... — en el mismo momento y con un ruido ensordecedor, todos los huecos de la habitación se cerraban como por encanto con unas formidables puertas metálicas que hacían inusaria toda tentativa de evasión.

— ¡Judex... ha caído V. en mi poder...!

— Señora baronesa, su triunfo ha sido demasiado rápido y demasiado ruidoso, porque es muy difícil coquetear a Judex como si fuera un niño, y encerrarlo en una jaula como a un vulgar pilguero...

En el momento en que Don Casto caía adormecido, la baronesa, luego de haber telefonado, abandonaba rápidamente el restaurant y montando en su automóvil se dirigía a su casa, segura de encontrar a Judex cogido como un ratoncillo en la trampa... pero en el momento mismo en que ella subía las escalones de la entrada, la puerta se abrió dando paso a Jaime de Tremense el cual la saludó excusándose irónicamente de haberse visto obligado a causar algunos desperfectos en el domicilio de la aventurera.

Mientras Judex operaba en casa de la baronesa de Apremont, y el hueso de Don Casto durmía como un tronco en el reservado del restaurant que él había escogido, bien ajeno del fin poco brillante de la aventura, en el A. Pronósos se ocurría un suceso de suma gravedad.

Blanca, que en espera de su marido se entretiene haciendo un poco de música en compañía del Dr. Howey, cerca de ella Rogelio y Primerose escuchan en silencio dichosos de haber encontrado aquel amor que ellos creyeron terminado para siempre... En un determinado momento Primerose



se le dirige a su habitación en busca de un cuaderno de música, y cuando en vista de que pasa el tiempo y de que la muchacha aun no está de vuelta, Blanca se dirige en su busca, se encuentra con que la joven ha desaparecido como por encanto llevándose consigo a Juanito a quien su aya acababa de acostar.

Y la hija adoptiva de Milton, la novia de Rogelio, empujada de nuevo por una fuerza irresistible se interna entre las sombras de la noche a través de la selva arrastrando al pobre Juanito apenas despierto, sin preocuparse ni de su casamiento ni de sus lágrimas...

Judex al llegar a «La Frondosa» se encontraba en presencia de Blanca cuya desesperación le hacía comprender que una nueva desgracia se había abatido sobre ellos, enterándose entonces de la desaparición misteriosa de Primerose y del nietecito de Fayraut.

QUINTO EPISODIO

La selva tenebrosa

Después de la misteriosa desaparición de Juanito y de la hija adoptiva de James Milton, Jaime de Tremouze, a quien Blanca con las patéticas acentos de su desesperación de madre ha pedido que haga todo lo posible por encontrar a su hijo, encarga a Rogelio que vaya en busca de los mejores sabuesos de su jauría para lanzarse en busca del niño y de Primerose; suplicando a Don Casto que se dirija a su encuentro a la encrucijada del Arrepentido, conduciendo a dicho sitio a Lutín, el poney de Juanito.

Este encargo no produce ninguna extrañeza a nuestro amigo pues el inenarrable director de la Agencia Celeritas ha visto ya en el cine realizar a los más variados animales los más extraordinarias hazañas, así es que tiene la ciega en el resultado de las pesquisas que van a emprenderse.

Sin embargo, en cuanto llega a internarse algo en la inmensidad de la selva, el lindo caballo contento de encontrarse en aquellas espesuras, no tarda en emprender veloz carrera dejando allí bonitamente plantado a Don Casto, el cual para colmo de males, al correr en todas direcciones en busca del fogoso animal tiene la desgracia de enredarse, como un cervatillo, en uno de los lazos que por aquellos matorrales ha puesto uno de los muchos cazadores furtivos que los frecuentan.

Por su parte, Rogelio comparece en presencia de su hermana todo mohíno y cabizbajo para anunciarle que la jauría ha sido envenenada y que todos los perros que la componían han muerto.

Mientras tanto, Primerose, como empujada por una fuerza irresistible avanzaba a través de los senderos de la selva conduciendo al pobre Juanito que extenuado y falto de aliento no podía casi seguirlo. La joven adelantaba con la mirada fija como en un punto imaginario, con movimientos de automata y sin pararse un momento en su marcha demasiado rápida para las cansadas piernecitas del niño. De repente, ante su vista se presenta un árbol añoso y carpolento, una encina vetusta y majestuosa que se alza allí como columna firmísima de aquel templo de la Naturaleza. Aquel árbol es conocido en la comarca con el trágico nombre de «la encina del Ahorcado».

Primerose deposita al pie de ella al pobre Juanito quien, rendido de fatiga no tarda en dormirse... Poco a poco la noche ha venido, esa noche temible de los grandes bosques en la que al avanzar las sombras, diríase que las cosas inanimadas adquieren una vida real y casi humana. La joven ha abandonado al niño y de un modo inconsciente comprende de nuevo la marcha hacia «La Frondosa» y se dirige a su habitación para pasar el resto de la noche. Blanca, que llena de angustia y de pesadumbre

no podía apartar de su imaginación la imagen de su hijito, oye de pronto el ruido de una puerta y el rumor de pasos furtivos que ella cree vienen de la habitación de Primerose. Con la ansiedad que es de suponer, la atribulada madre se dirige al cuarto de Primerose y una vez allí con gesto irritado le pide cuenta de su hijo... Todo es en vano, la joven no responde otra cosa sino que ella no sabe nada y que no se acuerda en absoluto de lo que ha podido hacer.



Juanito, a quien el frío de la noche ha despertado, no pierde por ello su serenidad, y acordándose de que «Pulgarcito» encontrándose como él, perdido en un bosque, se había encaramado en las ramas de un árbol para tratar de descubrir a lo lejos la luz de alguna cabaña, trepa sin pérdida de momento sobre la escama, pero hasta los confines del horizonte sólo se descubre un océano de ramaje bajo un cielo sombrío y amenazador.

La haconesa y Gaby, su inseparable cómplice, andaban por aquellos parajes esperando el momento de acercarse a la vocina de que se hablaba en la cita que Remigio les había dado, extrañándose en grado sumo al acercarse al árbol y no encontrar, como esperaban, al niño en cuestión. No tardaron sin embargo en descubrirlo subido en las ramas; con voz cariñosa y persuasiva le invitan a bajar y a que se reuna con ellas. Así lo hace Juanito y en unión de ambas, emprenden de nuevo la marcha a través de la selva. Pero aquellas mujeres no le inspiran gran confianza, y hasta en un momento dado, pretende abandonarlas emprendiendo veloz

carreca; por fin, imitando de nuevo el ejemplo de «Pulgarcito», va arrojando bombones a lo largo de su camino del mismo modo que el héroe infantil sembraba chinitas a lo largo de su ruta.

Llegados que fueron a uno de los sitios más sombríos y ténétricos de aquella selva, sus acompañantes, primero con caricias y buenas palabras y luego con terribles amenazas trataron de hacerle decir donde se encontraba escondido su abuelito el Sr. Frauvut, pues ellas sabían bien que no



había muerto, pero en vano fueron halagos y amenazas, que Juanito persistía en sus trece, y rotundamente negaba que su abuelito se encontrara aun en este valle de lágrimas. Cansadas y viendo que todo era inútil, las aventureras abandonaron al niño haciéndole creer que todos los fantasmas y trasgos de la selva vendrían al momento para llevárselo... Y la imaginación exaltada del pobre niño, poblaba aquellos desiertos parajes de seres extraños y terribles a los que su espanto daba vida real... Sin embargo, Juanito, juntando las manos y elevándose al cielo, recitó una ferviente plegaria y como por encanto se calmó su espíritu y aquellas legiones de seres insustanciales desaparecieron... y a su vez la baronesa y su amiga que daban atónitas y espantadas viendo aparecer entre la espesura la ligera silueta de un caballito blanco que rápido como una aparición se llevaba al niño y se perdía con él entre los árboles.

La calma ha renacido de nuevo en el hogar de Jaime de Tremouze con la vuelta al mismo de Juanito, pero Blanca, espantada al ver todas las desgracias que acarrea la presencia de Primerose indica la necesidad de alejarlo; Juez, al contrario, es partidario de que la muchacha permanezca entre ellos, pues espera que así le será más fácil descubrir el Crimen y castigarlo.

SEXTO EPISODIO

Una luz en las tinieblas

Que Primerose era víctima de un poder misterioso que la había convertido en juguete de sus pérfidos designios, no podía dudarse... que obraba



de un modo abúlico y empujada por una fuerza desconocida era cosa cierta, pero ¿cuál era esta fuerza, este poder...? ¿de dónde procedía? He ahí lo que Juez quería averiguar a todo trance, lo que de él o terminaría

por saber aunque para ello tuviese que correr nuevos peligros y nuevas aventuras.

Con objeto de descubrirlo, Jaime de Tremouse piensa tender un lazo, hacer caer en una celada a la hija adoptiva de James Milton.

— Oiga V., Primerose — le dice — me preparo a cumplir una misión difícilísima. Esta tarde tengo una cita de la más alta importancia en la cabaña del cesterero, pero es un secreto que no debe ser revelado a nadie... V. es la única persona que lo conoce.



Al despedirse de Bianca y antes de su marcha, Judex da a su hermano Rogelio el encargo de velar sobre Primerose y sobre los seres que le son tan queridos, una vez tranquilo sobre este particular, se dirige en un automóvil conducido por su fiel chauffeur Bautista a la cabaña del cesterero.

Apenas había entrado en ella, cuando dos bandidos que seguramente sabían que Judex debía venir a aquellos parajes surgían dispuestos a asesinarle o a apoderarse de su persona... pero la puerta de la cabaña se cerraba automáticamente encerrando a los miserables en su recinto mientras que unas terribles emanaciones de gases asfixiantes que invadían el ámbito de la pieza... Los dos cómplices no vieron otro medio para salvar su vida que precipitarse por la ventana que casi al nivel del suelo se les ofrecía como el más fácil medio de evasión, pero al caer en una trampa van a parar a un subterráneo por el que emprenden una marcha rápida para llegar al cabo de bastante tiempo a una habitación en la que quedan

encerrados. De repente en una de las paredes de esta habitación aparece una inscripción en letras de fuego que dice así :

Quedan Vds. presos. Arrojen las armas y levanten las manos.

La captura ha sido buena, ya que además de tener Judex entre sus manos a dos de los principales secuaces de la «Caza de los Secretos», por ellos podrá llegar a descubrir el jefe misterioso de la terrible asociación.

El círculo (tal empezaba a apretarse en torno de la baronesa de Apremont y de Remigio el Tuerto. Judex ha desenmascarado a los dos cómplices. El uno es Louchard, un escapado de presidio, el otro, Julian, tomó hacia un año, parte activa en la hazaña de apoderarse del anciano Kerjean en el Castillo Rojo, en el que precisamente por una ironía del destino se encuentran encerrados en aquel momento.

Jaime de Tremense dirigiéndose a los dos bandidos les intima a que le conduzcan hasta su jefe. Julian se quedará en rehén hasta su vuelta, mientras que él se dirigirá a París en compañía de Louchard con objeto de acercarse a Remigio el Tuerto.

Pero Judex no podía figurarse que la baronesa de Apremont estuviese al corriente de sus proyectos y que el individuo que en aquel momento estaba ocupando el puesto del chauffeur no fuese otro que el jefe de la banda en cuestión que había tomado el puesto de Bautista al que habían previamente atado a un árbol.

Louchard que se había instalado al lado del conductor no tardó en descubrir en la mano de éste el signo peculiar de Remigio el Tuerto.

Judex se vio de repente atacado por todos y sólo debió la vida a su ligereza y agilidad que le permitió encaramarse en las ramas de un árbol y de una en otra pasar al otro lado de la carretera consiguiendo así alejarse de sus perseguidores.

Ya había entrado la noche cuando Judex, el buen Caballero del Derecho, regresaba a su casa y preguntaba a Rogelio si alguien de fuera se había presentado en «La Frondosa» y si había tenido ocasión de hablar con Primerose.

Pero sólo una persona se había presentado: El Dr. Howey, el buen amigo de la casa, y Primerose y él, por lo que parecía, sostuvieron una animada conversación.

¿Será acaso el Dr. Howey, el Genio Maligno de Primerose?

SÉPTIMO EPISODIO

La mano muerta

Con el fin de sustraer a Bianca y a Primerose a la influencia nefasta que las rodea y que podría acabar por ser terrible para ellas, JUDEX ha confiado a su hermano Rogelio, la misión de alejarlas.

Entre tanto, D. Casio que ha llegado a «La Frondosa», se ha visto altamente sorprendido al encontrar aquella mansión casi desierta, pero al preguntar a Jaime de Tremense por el lugar en que se hallan su esposa y la

hija adoptiva de James Milton, el marido de Blanca le responde que aquello es un secreto que no descubrirá a nadie y menos a él, pues bastantes imprudencias lleva ya cometidas.

En el fondo, D. Casto se ofende grandemente al recibir tal respuesta y con ademán digno y majestuoso declara que se vuelve inmediatamente a París y que no tardará en presentarse la ocasión en que él habrá de asombrar a sus amigos.



A su llegada a París, la primera visita del fantástico Director de la Agencia Celeritas, fué para la Bella Fátima, para la célebre vidente cuyo anuncio guardaba cuidadosamente en su cartera, y que según rezaba el mismo prospecto, lo veía y lo sabía todo.

—Veremos... musitaba D. Casto;—si es tan fuerte como ella misma dice, y ante todo si adivina mi nombre...

Una vez en el salón de la pitonisa, D. Casto se creyó transportado al lejano Oriente. Las más embriagadoras perfumes dimanaban de pebeteros perlas, las telas más vistosas, los más valiosos tapices de Esmirna cubrían las paredes, mientras los aceros damasquinados lanzaban sus reflejos de plata que iban a morir sobre los ricos cojines y los cómodos divanes que tanto gustan a los hijos del Profeta.

Toda aquella mise en scenes contribuyó a dar al cuitado visitante la idea de que si verdaderamente aquella mujer, no era la reina de Saba en persona, por lo menos nada de lo humano ni de lo divino podía escapar

a su penetrante mirada que leía en lo más recóndito de las conciencias y para la que ni el pasado ni el porvenir tenían fronteras.

— Buenos días, Casto,—le dice la Sibila.—no conozco su nombre sino que también se que ayer se disfrazó V. de mujer... Hoy viene Vd. en busca de una señora alta... morena... pues bien, se ha marchado a América, por cierto que la tal señora alimentaba por V. una pasión volcánica y violentísima.



— También se que una persona que Vd. conoce se encuentra amenazada de un terrible peligro... se trata de un ex-banquero a quien todo el mundo cree muerto, pero que en realidad vive todavía... me refiero a Favrant... Desde aquí le veo retirado en la campiña, en... en... cosa más curiosa, tengo el nombre del pueblecillo en la punta de la lengua... es... es... a ver ayúdeme Vd...

Y el ingenso D. Casto cayendo en el lazo, exclamaba:

— El nombre del país no tiene importancia, yo lo conozco, es Santa Magdalena...

La Bella Fátima, que como ya se habrá adivinado no era otra que la baronesa de Apremont, no necesitaba saber más... ella hubiera pagado cualquier precio por aquella noticia que D. Casto acababa de darle del modo más inocente del mundo cometiéndole de nuevo otra tontería que por cierto podía tener las más graves consecuencias para la familia de Tremelise.

Apenas D. Casto abandonaba la casa de la vidiente cuando ésta, tomaba sus disposiciones para encontrarse aquella misma noche en Santa Magdalena y apoderarse por todos los medios posibles de aquí a quien ella y los suyos andaban buscando infatigablemente hacía tantos meses.

D. Casto se dirige vaudo como una gacela, a la estación para tomar el tren que ha de conducirlo a «La Froncosa» y del tren a casa de Jaime de Tremense al que da cuenta de todo lo que ha oído referente al peligro que amenaza al banquero, haciéndole saber al mismo tiempo que la baronesa de Apremont se encuentra con rumbo América.

Judex, que ha comprendido por la narración de su amigo que sólo él es el causante de que el retiro de Favraut haya sido descubierto, snelta sin pérdida de tiempo una paloma mensajera, que según un acuerdo anterior, y en el momento en que se presente en Santa Magdalena, significará para Favraut y para Kerjean que ha llegado el momento de ponerse en salvo abandonando la morada en la que hasta entonces habían vivido.

Cuando la baronesa, con esa audacia peculiar de las grandes aventurera, penetró en el domicilio de Favraut se encontró con que la jaula estaba vacía... al examinar el despacho del banquero, su mirada se detuvo en la mesa de éste; en ella se encontraba un abultado sobre con la siguiente inscripción: «Documentos relativos al asunto Favraut» Pero apenas la aventurera había extendido el brazo para apoderarse del sobre, cuando lanzando un grito de dolor, cayó desmayada.

Una mano de esqueleto, pieza preparada por Kerjean, incrustaba sus frías falanges atravesadas por una corriente eléctrica en la muñeca de la baronesa.

Así cayó aquella mujer entre las manos de Judex; uno de los principales factores de «La Casa de los Secretos» estaba en poder del Vengador, y éste se iba acercando poco a poco a la resolución de aquel enigma.

Al siguiente día «La Ojazos» cuya también en poder de JUDEX en el momento en que, siguiendo las instrucciones de Remigio el Tuerto, intentaba vender a un tal Joris Vanpeperstraet, los planos del propulsor robados a James Milton, sin darse cuenta de que el pseudo Vanpeperstraet, era James Milton en persona.

OCTAVO EPISODIO

Las cautivas

Invitado a visitar con todo detenimiento el famoso Castillo Rojo, que tan célebre han hecho las hazañas de Judex, el ingeniero Don Casto se declara maravillado ante la instalación y arreglo de sus subterráneos. Pero lo que le ha llevado al paroxismo de la admiración, ha sido el mecanismo de los espejos metálicos gracias a los cuales, a cualquier hora del día o de la noche pueden observarse los menores movimientos de la baronesa de Apremont y de «La Ojazos» que se hallan encerradas en sus respectivas celdas.

Por ambas mujeres, Judex espera llegar a apoderarse del siniestro Tuerto, jefe de la «Casa de los Secretos». Misión delicadísima, por cierto,

ya que la baronesa de Apremont habrá de defender su secreto y no se pretará de fijs, a vender a su jefe. Cuando Juez se dirige a su celda, la baronesa le acoge con una lluvia de insultos y denuestos y su actitud procaz y desvergonzada hace comprender a éste que nada conseguirá de la aventurera. «La Ojazosa», en cambio, no es insensible a las palabras amistosas y llenas de bondad que Juez la prodiga; la voz dulce y convincente, el gesto amable y protector y la actitud noble y franca de Jaime de Tre-



meuse, obran sobre el espíritu de la joven extraviada como un bálsamo bienhechor, y su emoción aumenta por momentos. Las lágrimas, resbalan por sus mejillas como lluvia benéfica, y la muchacha toma la resolución de abandonar aquella vida vergonzosa e indigna en la que su juventud se marchita como una flor en un ambiente deleitoso, y levantando hacia el Vengador sus grandes ojos, aun más bellas con el encanto de sus lágrimas, se ofrece sinceramente a Juez para ayudarle fielmente en su tarea de triunfar del misterioso poder del Tuerio.

Por Gabr, se enteró nuestro héroe de que el aventurero les ha dado cita para aquella noche a las diez en un tabaco de Antequ. Con aquel premio infame, Juez, después de confiar al inenarrable Don Cauto la guarda y custodia de los prisioneros que quedaban en el castillo, es decir, de la baronesa de Apremont y de un comparsa, se dirige al sitio indicado en unión de un hermano Rogelio y de «La Ojazosa», que se ha convertido en auxiliar suyo.

Llevada por la sinceridad de su arrepentimiento, Gaby quiere ser la primera en pasar la puerta del hotel mal notado que habita el Tuerto, pero apenas ha tocado el timbre cuando una detonación rasga el silencio de la noche, y la pobre muchacha, lanzando un alarido de dolor, cae herida en los brazos de Julex.

Este se recuerda en aquel momento de que el Doctor Howey vive por aquellas cercanías, y en vista de que la joven se ha desvanecido, deci-



de transportarla inmediatamente. Una vez en casa del médico, cuando Gaby recobra el conocimiento, su mirada se detiene un instante en el rostro del enigmático galeno, y mientras éste, con gesto rápido, pretende imponerle silencio, ella, volviéndose hacia Julex, exclama con acento de terror... —es él, es el Tuerto, el hombre que V. busca... el jefe de la banda...

Cómo... ¿es posible que el amigo y confidente de James Milton, el huésped asiduo del castillo de Arbois, el comensal de Jaime de Tremouze y el compañero de Blanca y de Primarose sea el mismo Tuerto en persona, el cómplice de la baronesa de Apremont, el enemigo implacable de Julex, y en fin, el jefe temible de la siniestra «Caza de los Secretos»?

Apenas se había repuesto Julex del estorpo provocado por tal revelación, cuando el Doctor Howey, rápido como una flecha, había desaparecido por una puerta secreta disimulada detrás del estante de sus aparatos y medicamentos.

¿Qué había sucedido mientras tanto en el Castillo Rojo? Como había cumplido Don Casto la importante misión de custodiar a la baronesa de Apremont... eso era lo que Judex no tardaría en averiguar.

Al quedarse sólo en el castillo, Don Casto se había apresurado a hacer marchar en todas direcciones los espejes metálicos para poder admirar a la bella aventurera en su celda, y no contento con ello, se dirigió a la puerta del encierro y sempiterno hablador, hubo de contarle de como «La Ojazos» había salido para Auteuil en compañía de Judex a quien iba a presentar el Tuerto. Regresando a su observatorio el Director de la Agencia Celeritas se pone de nuevo al aparato, pero la baronesa que se da cuenta de ello por los movimientos del espejo, trata de seducirlo con sus encantos y sus gracias... y como contra lo que era de esperar, no lo consigue, cambia entonces de táctica y hace como si tratara de suicidarse.

Don Casto, creyéndola muerta, se precipita a la celda de la aventurera, y en lugar de recibir, como él creía, el último suspiro de la baronesa, lo que recibe es una serie completa de puñetazos, y de golpes, que le dejan privado de conocimiento. La baronesa encierra al maltrecho guardia en su propio calabozo y luego de prevenir por teléfono al Tuerto de la visita que Judex debe hacerle, saliendo de los subterráneos del castillo, toma las de villadiego.

Vemos que una vez más, la imprudencia del bueno de Don Casto, pudo ser fatal para sus amigos, y que gracias a ella, el Tuerto estaba al corriente de todo lo que contra él había tramado Judex, pudiendo escapar al castigo que éste había preparado contra el odioso jefe de aquella banda que cada día aumentaba el número de sus crímenes y fechorías.

NOVENO EPISODIO

Los papeles del Doctor Howey

Después de haber hecho transportar a Gaby «La Ojazos» a una clínica en la que habían declarado que la herida de la muchacha no presentaba gravedad alguna y que no eran de temerse ulteriores complicaciones, Judex se había dirigido al domicilio del Doctor Howey con objeto de visitarlo detenidamente y sobre todo de enterarse de los documentos que en él pudieran encontrarse.

Lo primero que llamó su atención, entre el farrago de papeles y de legajos, fueron unos documentos que con el título de *Arresto Bianchini*, se encontraban en la mesa, en sitio bien visible. Entre ellos se hallaba un recorte de periódico con este anuncio:

«El Sr. Bianchini, ingeniero francés establecido en América desde hace treinta años, busca dos hijas de 17 y 20 años que le fueron robadas hace diez y seis años y que deben encontrarse en Francia. El Sr. Bianchini ofrece 500,000 francos a quien las encuentre.»

Una nota escrita al margen de este anuncio, de puño y letra del Doctor Howey, añade esta importante indicación:

Clara Bianchini - La Ojazos

Maria Bianchini - Primerose

(En casa de James Milton, castillo de Arbois)



Y Judex, lleno de sorpresa, descubría al continuar sus pesquisas la prueba material de que Gaby « La Ojazos » y Primerose eran las dos hijas robadas al ingeniero Bianchini, al mismo que hacía años, había salvado de la ruina a su familia, a la familia de Tremouse.

Ante la mente de Judex pasaron en aquel instante todos los años que fueron... todas las terribles escenas que habian puesto a los suyos al borde del abismo, cuando la trepidación de un auto que se había parado a la puerta de la casa le arrancó a sus meditaciones, y precipitándose a la ventana, vio descender a la haconesa de Apremont en persona que de hijo venía a visitar a su jefe y a contarle las peripecias de su evasión del Castillo Rojo.

La aventurera, después de dirigir una mirada en torno suyo y luego de asegurarse que la habitación está vacía, se decide a telefonar al Tuerco que sin duda se halla en su cafetín de costumbre... Así es, en efecto, y el siguiente diálogo se entabla a los dos extremos del hilo conductor:

—¡Oiga...! ¿es V. Howey...? He conseguido evadirme... y he encontrado su puerta abierta... la casa vacía... ¿qué ha sucedido?

—Eso significa que han ocurrido novedades... no se entretenga mucho en mi casa... es peligroso. Venga en seguida a encontrarme en el Fabellón del Parque y tráigame los documentos referentes al asunto Bianchini. Le he dado cita al ingeniero para las tres.

La baronesa, abstraída en su conversación, no se había dado cuenta



de que una mano se había apoderado del segundo receptor y de que un oído atento no había perdido ni una sílaba de cuanto se había dicho.

Esta mano y este oído eran los de Judex que saliendo de su escondite, apareció en todo su trágico esplendor delante de la consternada baronesa, la que veía con terror que otra vez se hallaba en poder de su enemigo.

Y no fue la baronesa de Apremont la que se dirigió al Parque, sino Judex, portador de los documentos concernientes al asunto Bianchini.

La llegada de Judex produjo al Tuerto la impresión que es de su poner, pero dueño de sí mismo sino contenerse ante aquel enojoso contratiempo y acto seguido se entabló el siguiente diálogo entre los dos antagonistas.

—De fijo no era a mí a quien V. esperaba.

—No, en verdad, pero si cree que me tiene en su poder, se equivoca.

ca. ¡ Llame a un agente y hágame detener, si se atreve. ¡ No, V. no me entregará porque yo también le tengo en mi poder. — Yo sé que Favraut no ha muerto, y puedo deshonrarle. Por haber querido tumbarse la justicia por su mano, se ha puesto V. fuera de la Ley y ahora no puede invocarla en su defensa...

— Howey, desde ahora empieza entre nosotros una guerra sin tregua, V. lo habrá querido.

— Sí, excepto el desafío. V. es fuerte, pero yo también lo soy... — Y Judex, lleno de despecho, se alejaba del Pabellón para ir al encuentro del ingeniero Bianchini y ponerle al corriente de la situación.

Luego de darse a conocer y de estrechar efusivamente las manos del que hacía años había sido el salvador de su familia, Jaime de Tremouse se conducía al ingeniero al lado de su hija Clara que se encontraba ya casi restablecida.

Es de suponer la alegría del padre al encontrar a la hija que él creía perdida para siempre...

DECIMO EPISODIO

Los dos destinos

Completamente restablecida de la ligera herida que la había tenido durante algunos días postrada en el lecho, Gaby «La Ojazos» que luego de haber encontrado a su padre se ha consueñado en la Sra. Clara Bianchini, abandonaba la clínica y recibía de Jaime de Tremouse y de la esposa de éste una hospitalaria acogida en el castillo de Joyeuse.

La Sra. de Tremouse y el americano James Milton se enteraban con alegría de que Primeroze había encontrado al mismo tiempo un padre amante y una hermana mayor cuya existencia ignoraba, mientras que Clara sentía invadida su alma por un sentimiento de ternura para «ella» desconocida al verse fuera de aquel ambiente malsano en el que había crecido, pero al que en el fondo nunca había podido adaptarse.

Después de los abrazos, de las presentaciones y de las bienvenidas que eran del caso, toda la familia Tremouse, las dos muchachas y el bueno D. Casto, que habíase apresurado a contar sus cuitas a Judex, se instalaron en torno del ingeniero y éste, con voz reposada y con tono un poco velado por la emoción al narrar los sucesos acaecidos hacía tantos años, empezó su relato de la siguiente manera:

... Esto sucedía hace unos diez y seis años. Habiendo venido a París por poco tiempo, me había instalado en el Gran Hotel con mi mujer, cuya salud me inspiraba grandes cuidados, con mis dos hijitas Clara y María y en fin con el aya de éstas, una tal Elsa, y con Federico mi secretario.

A las pocas semanas de mi llegada, recibí un cablegrama llamándome con urgencia para un negocio importantísimo, a mis propiedades de América del Sud. El estado de salud de mi esposa me causaba vivísima inquietud, pero en vista de la mejoría que se anunciaba desde hacía algunos días, y habiendo consultado con el Dr. Martens si podría ausentarme

con tranquilidad, ante la respuesta afirmativa de éste, hice todas las preparativos para mi viaje.

Confianza a Federico mi carnet de cheques, recomencé al aya de las niñas que cuidara de ellas con el mayor celo, y después de manifestar a mi esposa, cuán grande era la satisfacción que me embargaba al saberla casi restablecida, salí con rumbo para América.

MI SECRETARIO, tentado seguramente por la importancia de la suma



que se hallaba en su poder concibió la idea de apropiársela sin reparar para ello en medio alguno. A los pocos días de mi marcha, el estado de mi esposa se agravó de un modo tan alarmante como inexplicable.

El Dr. Martins comprendiendo que mi esposa se encontraba irremisiblemente perdida indicó que se me debía telegrafiar inmediatamente, y he aquí el telegrama que recibí:

«Bianchini-Hacienda Jirela. — San Luis.

«Estado salud Señora Bianchini cada vez más satisfactoria.

Niñas bien. — Federico

Antes de exhalar el último suspiro, mi mujer había recomendado inocentemente sus hijitas a su propio verdugo... y cuando todo hubo terminado, Federico, con objeto de despiatar a los que podieran lanzarse en su persecución, empezó por desmembrarse de la más pequeña de las ni-

Las depositándola dentro de una cesta, a la puerta de la mansión de James Milton. Clara, la mayor de las dos, era confiada a Elsa, el xya que había sido de las niñas, la que a su vez no tardó en desaparecer, y mientras tanto, yo, solo en un país lejano, bajo el sol ardiente de los trópicos, me hallaba en la mayor ignorancia, cuando una carta vino a sumirme en la mayor desesperación y en el más profundo desconsuelo. La misiva en cuestión decía así;



Tengo el sentimiento de comunicarle el fallecimiento de su esposa. Como me he apropiado los fondos que Vd. tenía en el Banco, he juzgado conveniente conservar a mi lado a sus dos hijas que serán mi salvaguarda. Más tarde y cuando pueda acogerme a la prescripción, supongo que Vd. dará por ellas un buen precio.

Federico

... y gracias a Dios y a V. amigo Judoz que ha subido triunfante de los malhechores que querían envolvernos a todos en los hilos sutiles de una intriga infernal, hemos aquí reunidos, y espero que desde ahora en adelante nada el mallo podrá separarnos.

ONCEAVO EPISODIO

El crimen involuntario

Para las familias de Tremense y de Bianchini reñidas por JUDEX en el castillo de Joyeuse, no ha sonado todavía la hora de la tranquilidad y del reposo. La «Casa de los Secretos» no cesa en sus infames intrigas y



tenebrosas maquinaciones para llegar a averiguar el paradero del banquero Favraut, cosa que es para la terrible asociación del mayor interés y de la más alta importancia.

Desde el día anterior Juanito no estaba alegre y animado como de costumbre y parecía enfermo. Conducido al dispensario fundado en el pueblo por la esposa de Judex, el médico le ordena que se quede en cama; aquella misma tarde la fiebre se declara, y la pobre madre se instala llena de ansiedad a la cabecera de su hijito para velar su agitado sueño, y para elevar sus oraciones al cielo pidiéndole un pronto restablecimiento.

Judex ante aquella súbita enfermedad se pregunta lleno de sospecha, si habrá entrado algún extraño en la casa para cumplir una obra infame de muerte y de venganza.

A la caída de la tarde y cuando las primeras sombras de la noche avanzan cubriendo como con un velo fúnebre la naturaleza, Favraut que

se encuentra oculto en una propiedad cercana se dirige al Castillo de Joyeuse para enterarse del estado de salud de su nietecito, pero al volver a su domicilio, oye entre las espesuras del parque una voz de mujer que pide auxilio con acento desesperado.

En el fondo del parque se eleva un sencillo oratorio consagrado a la Virgen. En él se casó Blanca, y a él viene de nuevo para pedir de todo corazón que el cielo aparte de ella la terrible desgracia de ver morir al hijo de sus entrañas.



De repente, alguien que estaba oculto entre el ramaje se precipita a su encuentro, y Blanca ve con horror alzarse delante de ella la sombra terrible y fatídica del Doctor Howey.

—¿Verdad que no esperaba V. encontrarme?— le dice éste con voz irónica... — pues bien, sepa que tengo entre mis manos la vida de su hijo... Sí, tendré piedad de V, pero con una condición, con una solamente: Dígame donde se esconde su padre, el banquero Favraut... eso es un secreto que vale para mí una fortuna. Escoja pues... necesito su padre o su hijo...

—Miserable. ¡Socorro! ¡soco...

Favraut, al oír las voces, se precipita en auxilio de la víctima y Howey, al verse sorprendido, huye rápidamente mientras el padre de Blanca conduce a esta al lado de Juez que también lleno de alarma ha salido en su busca.

Mientras se desarrollan todos estos sucesos, Don Casto, que es devoto de las falda y de temperamento enamorada, recorre como un alma en pena las desiertas callejuelas del lugar en busca de una aventura galante.

Habiéndose enterado de que por aquellos andurriales existía una especie de parador o fonda en la que un joven forastero podía encontrar honesta solaz y esparcimiento, se dirige a él con paso rápido y por la camarera del establecimiento, se entera de que desde hace algunos días se encuentra allí una señora desamparada que habita el piso superior, y Don Casto se promete ya felicidades en cuento y mil orgías imaginarias.

Pero bien pronto su alegría se desvanece para dar paso a una inquietud harto visible al darse cuenta de que la huri que él creía encontrar en aquel paraíso pueblerino no era sino la misma baronesa, la cómplice de Remigio el Tuerto en carne y hueso, y Don Casto, rápido como los squilones, corre a dar cuenta a Judex de la presencia en el lugar, de su mortal enemiga.

En vista de que él juzga que el peligro es mayor que nunca, lleno de arrogancia y de bravura ofrece a Jaime de Tremouze el esfuerzo de su brazo y el concurso de su inteligencia. Claro está que con tan preciado concurso, los sucesos van a precipitarse, y el desopilante director de la Agencia Celeritas, en vez de seguir el consejo de Judex que irónicamente le manda a la cama, se queda vigilando y velando por la seguridad de todos.

DOCEAVO EPISODIO

El castigo

Judex ha adquirido la certeza de que los jefes de «La Caja de los Secretos» no se hallan lejos del castillo de Joyeuse, y en vista de ello ha decidido terminar a toda costa y dar la batalla decisiva a aquella asociación de espías y de bandidos.

¿Por qué no había de hacerlo, ¿acaso el eximio Don Casto no le ha prometido la ayuda de su inteligencia y el esfuerzo poderoso de su brazo?

Por la mañana, bien temprano, Judex y el ingeniero Bianchini se ponen en busca de Howey, del falso Doctor que era el mismo Federico, antiguo secretario del padre de Clara y de Primerose, el hombre en fin que había robado las muchachas hacía 16 años.

La primera visita fue para el dispensario fundado en el pueblo por Blanca. En él se enteraron de que un viejo caminante forastero había estado allí varios días pero que precisamente acababa de marcharse.

Sin pérdida de momento, Judex y Bianchini se precipitan en la dirección que ha tomado el vagabundo y ven que éste llega a la fonda a la que había ido por la noche el enamorado Don Casto en busca de galantes aventuras y en la que había encontrado a la baronesa de Apremont.

Al verse descubiertos, la aventurera y Howey-Remigio el Tuerto descienden por la ventana de su cuarto y luego de tratar de despistar a

sus perseguidores saltan a una barca con tal precipitación que no se dan cuenta de que se encuentra cargada de cajas de explosivos destinados a hacer saltar en las cercanías unos acantilados para la construcción de una vía férrea.

Y los dos bandidos, renando con todas sus fuerzas, se deslizaban rápidos, escapando así a sus perseguidores...



¿Pero, qué hacía mientras tanto el bueno de Don Casto?

Desde el punto y hora en que había descubierto la presencia de la baronesa de Anreumont, no salía sino armado hasta los dientes, a dar su acostumbrado paseo por la orilla del río. Apenas ha empezado su caminata, cuando ante su vista se presenta un pato que majestuosamente se balancea lentamente a impulso de la corriente y con un aire tan flemático, que irrita en alto grado al famoso director de la Agencia Celeritas, el cual, por llevar entre sus manos una escopeta de dos cañones, sentía que en su corazón se agitaban los más sanguinarios instintos. Como el pato en cuestión no parece darse cuenta de la presencia en aquellos parajes de nuestro amigo, éste le apunta con el arma y...

Pum... Pum...

Dos disparos se suceden, el pato se inclina a un lado, luego al otro y emprende de nuevo su lenta y solemne marcha...

Pum... pum...

El parece que no se da por aludido...

Por fin, al quinto disparo, Don Casto se apercibe de que el volátil no era sino un pato apócrifo, un reclamo de madera destinado a atraer a los auténticos de carne y hueso. Surge el propietario del bipedo alado, altercado violento, palabras gruesas, amenazas, etc.

A los pocos momentos, Don Casto oye el ruido de unos remos que



golpean rítmicamente el agua y ve que una barca trata de abordar la orilla. Es de suponer su estupefacción al darse cuenta de que los tripulantes de la frágil embarcación eran la baronesa de Apremont y el Doctor Howey...

— ¡Alto! ¡alto! — les grita con voz tonante, — alto o disparo — les dice con objeto de intimidarles, pero la barca se desliza aun más rápida, y Don Casto disparaba en dirección de los fugitivos para que estos, atemorizados, se parasen. Que Don Casto es de una torpeza definitiva y que da una en el clavo y ciento en la herradura es cosa que la trompeta de la fama lo lanza a los cuatro puntos cardinales; la bala, pues, en vez de ir a herir el agua va a dar en una de las cajas cargadas de explosivos y en el mismo momento una detonación enorme desgarró el aire.

La barca ha desaparecido, y solo se ve en el lugar del suceso una humareda espesa y una multitud de fragmentos y de miembros destrozados.

dos, de trozos de madera y restos en fin de todas clases que se van con la corriente.

Don Casto, el desopilante Don Casto, acaba de ser, sin saberlo, el instrumento vengador de que se ha servido la Providencia.

EPILOGO

Rogelio de Tremouse y Primerose ya casados han salido en viaje de novias, y su dicha se les presenta tranquila e inmensa como el mar por el que se deslizan.

En *la Frondosa*, la paz reina de nuevo y el Banquero Favraut y Kerjean se disponen a reintegrar el tranquilo retiro en el que el primero esconde su arrepentimiento.

El ingeniero Bianchini y su hija Clara van con rumbo a América. El alma de la pobre muchacha, de la que hasta entonces giró inconscientemente en la órbita del mal y que fue conocida por el apodo de «La Ojazos» se va abriendo poco a poco a las dulces sensaciones de la virtud y de la afectión, como el espíritu de un niño que paulatinamente se apercibe de los mil encantos y secretos de la naturaleza.

El único que no disfruta de un solo instante de reposo y cuyos sueños son turbados por las más negras pesadillas, es D. Casto.

El buen señor, en su pizito de París no puede apartar de su imaginación los espectros del Doctor y de la Baronesa, la terrible escena está siempre presente. Él, ha sido él quien los ha pulverizado con su disparo y con la explosión inmediata, y a cada momento se le antoja que un agente de policía va a llamar a su puerta para detenerle y hasta siente en su nuca como un ligero cosquilleo que a él se le figura el filo cortante de la guillotina.

De repente, llaman en efecto. No cabe duda alguna, dentro de pocas horas él, el honrado varón, se encontrará durmiendo sobre la paja infecta y húmeda de los calabozos.

— Sinfurosa — le dice a su criada — soy un asesino, he matado a dos personas, de hijo vienen a prenderme.

El tan temido agente de policía se presenta portador de una carta del Comisario redactada en la siguiente forma:

El Comisario de policía ruega a Don Casto se sirva presentarse sin tardanza en su despacho para un asunto que le concierne.

— No se escapará V. — exclama Sinfurosa — yo misma le conduciré hasta la Comisaría y atado si es preciso — y dicho y hecho, cogiendo a Don Casto por un brazo, violentamente lo conduce en presencia del severo funcionario.

— ¿Es V. Don Casto...?

— Yo soy Sinfurosa, su criada, yo soy quien lo ha traído hasta aquí...

— Perdón. ¡ Soy un asesino...

— He aquí una nota del Ministerio que le interesa:

V Don Casto, más muerto que vivo, leía con voz temblorosa:

Su Excelencia el Ministro de la Gobernación ruega al Comisario de policía que investigue los antecedentes del Sr. Don Casto, profueso para una alta

recompensa por haber hecho saltar una bomba cargada de explosivos y tripulada por dos peligrosos espías que se proponían mirar un punto del ferrocarril.

Hasta aquel día, el bravo Don Casto era conocido por su sobra de apéndice nasal y por su carencia de olfato... pero en aquella circunstancia la que se había equivocado de medio a medio había sido el sencillo mastodonte con lasidas que le presta los cuidados domésticos. Y nuestro inolvidable amigo con actitud gallarda se dice que en este valle de lágrimas al fin siempre la virtud es recompensada mientras que el vicio recibe el castigo que merece.



L. Gaumont

66. Paseo de Gracia. — BARCELONA
TELÉFONO 2991. Dirección telegráfica y telefónica: CRONO

SUCURSALES

MADRID. — Atocha, 90 pral.

Teléfono: 3375.—Dirección Telegráfica y telefónica: CRONO

BILBAO. — Gardoqui, 3

Teléfono: 1400.—Dirección Telegráfica y telefónica: CRONO

VALENCIA. — Cirilo Amorós, 40

Teléfono: 970.—Dirección telegráfica y telefónica: CRONO

SEVILLA. — Orfila 13.

Teléfono: 816.—Dirección Telegráfica y telefónica: CRONO

DEPÓSITOS

PALMA DE MALLORCA.—San Bartolomé, 5

SAN SEBASTIAN.—Guetaria, 12

MALAGA.—Calle Strachán, 22



Mr. Ed. Mathe

en el papel de

Rogelio de TREMEUSE

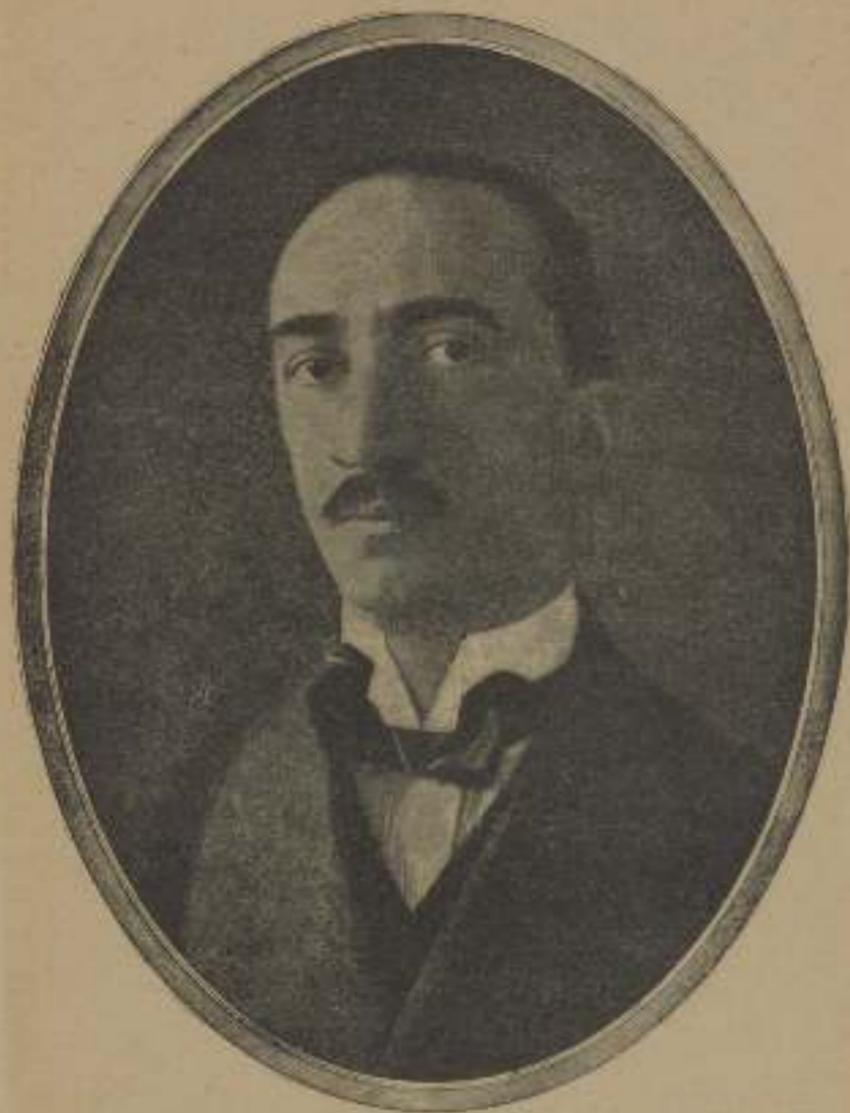


M.^{lle} De NERY
en el papel de

Primerose



Mr. BRUNELLE **DOCTOR HOWEY**
en el papel de



Mr. Levesque
en el papel de

D. CASTO



